

CORREO DE LA MODA.

ALBUM DE SEÑORITAS.

Periódico de Literatura, Educacion, Música, Teatros y Modas.

Los Artículos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. Instruccion: Estudios Históricos, por don A. Pirala.—Los Años (balada), por don J. A. Viedma.—Farallada, por doña Dolores Cabrera y Heredia.—Teatros, por don Antonio Arnao.—Modas.—GRABADO: Pliego de Dibujos.

INSTRUCCION.

ESTUDIOS HISTÓRICOS.

SEGUNDA PARTE.

DIDO.

FABULAS.—ELISA Y SIGNEO.—FUNDACION DE CARTAGO.—
JARVA.—SACRIFICIO DE DIDO.



A historia de Dido es la historia de la fundacion de Cartago, de esa gran ciudad rival de Roma, cabezas ambas de dos grandes pueblos, que llenaron el mundo con su nombre, la historia con sus grandes hechos. Al ocuparnos de la célebre fundadora de tan célebre ciudad, no reproduciremos la fábula mitológica bien conocida, ni otras muchas que, revistiendo con maravillas la verdad, la han desfigurado: unos para enaltecer á Dido, y otros considerándola como enemiga del pueblo romano, han tratado de denigrarla. Nosotros vamos solamente á reseñar sus altos hechos, fundados en testimonios respetables.

Oscura en algunos pasajes la historia de esta ilustre y virtuosa princesa, lo mismo que la de todos los

personajes que figuraron en la infancia de los pueblos, apenas puede darse un paso en su investigacion sin tropezar con las ficciones de los poetas de la antigüedad, apoderados de aquellos para dar grandeza á sus poemas. Por esto procuraremos limitarnos á sucesos de cuya autenticidad no respondemos, pero que hallamos admitidos por acreditados escritores.

Nació Dido unos ocho siglos antes de nuestra era, siendo biznieta de Itobal, padre de Jezabel, é hija de Belo Matgen, rey de Tiro, que al morir la dejó, y á su hermano Pigmalion, heredera del trono, á pesar de la corta edad de ambos príncipes.

Llamábase entonces Elisa, y era estraordinaria su hermosura. Ya fuese por convenio, ó por tumulto, ó por conspiracion, recibió el mando esclusivo Pigmalion, y casó Elisa con Signeo, su tío, gran sacerdote de Hércules, y dignidad inmediata á la del rey. Estimado por sus virtudes y respetado por su parentesco con el soberano, y por su alto ministerio, poseia inmensas riquezas, circunstancia que fué para él una verdadera desgracia, porque sus tesoros tentaron la sórdida codicia de Pigmalion, que le hizo asesinar traidoramente.

No por esto logró el perverso monarca sus deseos, porque su tío, que conocia perfectamente la ruin pasion que dominaba á su sobrino, tenia ocultos sus tesoros.

Signeo poseia prendas tan estimables, que consiguió, que á pesar de la diferencia de edad le amase su esposa; á la que no se ocultó ni el autor del crimen, ni su intencion, y dando tregua á su dolor, comprendió que su vida corria igual peligro por la ambicion de su hermano. Para evitarlo, pidió á Pigmalion licencia de vivir en su compañía, pretestan-

do afligirla la soledad en que se veía. No deseaba mas el codicioso monarca, y creyéndose ya dueño de unas riquezas que tanto ansiaba, puso á disposicion de su hermana algunos bajeles.

Ganó Elisa á los capitanes y tripulacion, cargó en os buques cuanto poseía, y acompañada de gran número de tirios, que le eran adictos, emprendió la fuga con tanto sigilo y presteza, que cuando llegó á noticia de su hermano, ya no pudo evitarla.

Fondeó aquella flotilla donde está la actual re-gencia de Tunez, poblada entonces por los fenicios; y bien recibida Elisa, establecióse en el pais, fundando una ciudad (1), que nombró Cartada, ciudad nueva, cuyo nombre degeneró despues en Cartago. Las grandes riquezas facilitaron la breve construccion de la ciudad fortificada; y al saberse en Tiro, continuas emigraciones aumentan su poblacion, llevando consigo la industria y el comercio de que era Tiro entonces el emporio del mundo.

Reinando en aquella colonia Elisa, la llamaron los suyos Dido, que significaba varonil; y lo era en verdad, haciéndose ademas famosa por su virtud y sabiduría, por su honestidad y prudencia.

Y tanto se extendió esta fama, que Jarva, rey de Tunez, solicitó su mano, proponiéndose además el doble objeto de atajar antes que fuesen terribles los progresos de Cartago. Proponíase el rey Jarva, enlazándose con la hermosa Dido, reunir los dos pueblos bajo un solo cetro, y hacer á todo el reino partícipe de los progresos de la colonia. Espone Jarva su plan ante su Consejo, le aprueba, y van dos embajadores á Cartago.

Dido, que habia jurado fidelidad eterna á la memoria de su esposo, rogó á los embajadores hicieran desistir á su rey de una pretension á la que no podia acceder sin perjurio. No convenció á Jarva esta razon; insistió en su plan, y añadió que si no se casaba Dido con él, invadiria sus tierras, llevando por dó quiera el estermínio. La fuerza era su razon suprema.

Dicen algunos que Jarva marchó á la cabeza de sus tropas, y al hallarse frente á Cartago, en poco tiempo se puso en estado de defenderse, y tuvo lugar el heroico sacrificio de Dido; y añaden otros que esta heroína, al saber la amenaza de su amante, concibió en bien de sus súbditos la resolucíon que tuvo el valor de ejecutar; y aparentando ceder á la impe-

riosa exigencia del Rey, la aplazó á la conclusion de la ciudad, en cuyo tiempo dispondria lo necesario para que se efectuase la boda con la debida ostentacion.

Terminada su obra, hizo levantar en el sitio principal una gran pira, como se acostumbraba para los sacrificios, y reunir á todos los ciudadanos. Ardiendo ya la hoguera, se efectuaron algunos sacrificios, dió algunos sábios y buenos consejos, y evocando los manes de Signeo, se atravesó de improviso el pecho con un puñal, y se arrojó al fuego sin que pudieran impedirlo sus súbditos.

Jarva, dice un escritor, á quien estos ejemplos de heroismo eran desconocidos, solicita se le abran las puertas para adorar las cenizas de una mujer que amaba en vida é idolatraba muerta. Verificalo, y con lágrimas en los ojos se retira con su armada á Tunez al día siguiente, para dar un testimonio público del sentimiento que le causaba haber sido el autor del suceso de la víspera. Permite á la Colonia un ensanche de terreno y una manera de gobernarse á su placer. Esta es la primera vez que Tunez es nombrada en las historias.

Virgilio, en su Eneida, atribuyó el sacrificio de Dido, hijo del amor á su marido y á su pueblo, al amor y fuga de Eneas, saltando por encima de tres siglos, pues que Cartago fué edificada 300 años despues de la destruccion de Troya. Pero cumplia aprovechar tan bello episodio halagando el orgullo romano, y no tuvo reparo el poeta Mantuano en inventar esta ficcion, á costa de las virtudes de Dido, sostenidas por S. Gerónimo y S. Agustín, Tertuliano y el Petrarca, en su *Triunfo de la Castidad*. Perpetuado por las artes un hecho tan grande, tan generosa abnegacion, ¡qué mucho que el sexo que apellidamos débil, se crea capaz de todo al contemplar glorias tan puras como la de Dido!

Despues de su muerte estableció la nueva colonia su sistema de gobierno, y se ligaron tan sabiamente los poderes entre los dos primeros magistrados, los nobles y el pueblo, que subsistieron setecientos años sin destruirse sus acertadas leyes. Sufrió, sin embargo, esas vicisitudes que sufren los pueblos: experimentó turbaciones, guerras civiles y generales: luchó con Roma, de la que fué temida rival, y tuvo la gloria de sostener su libertad hasta la muerte de la patria.

Pero de esa libertad de que se vanagloriaba no hacia partícipes á los pueblos que conquistaba; les imponia cadenas, como las impuso á los generosos pueblos de la Bética, que supieron despues romperlas y ayudar á sus enemigos, aunque tambien lo eran

(1) Dice la fábula que obtuvo Elisa la concesion del terreno, que pudiese abarcar con la piel de un buey, que la hizo tiras muy delgadas, y uniéndolas, y fijando en tierra una de las estremidades, describió con la otra un círculo estenso, consiguiendo con este rasgo de ingenio un sitio considerable.

de nuestra patria, á vencer á los cartagineses.

En conclusion. Causa inocente ó culpable de la destruccion de una ciudad la hermosa Elena, otra hermosa es destinada por la providencia á erijir otra ciudad mas importante todavía, y á dar al mundo una prueba de amor que admirará eternamente. Hoy hubiera sido un doble crimen la muerte de Dido: entonces su suicidio, que reprueba la religion, fué un acto de heroismo que salvó á su pueblo. Si hubo un romano que se arrojó á la roca Tarpeya para salvar á Roma, tambien hubo una Dido que se arrojó á la hoguera para salvar á Cartago.

A. PIRALA.

LITERATURA.

LOS AÑOS.

Valada.

Corta la saya y los rizos,
juguete del vago viento,
flor temprana en los colores,
mariposa en los deseos,
dijo así la hermosa niña
al brillar el sol de Enero,
fijando en los del anciano
sus claros ojos risueños.

—¡Un año mas, padre mio!
Pronto á mis rubios cabellos
dará sus lazos el mundo,
y no sus flores los huertos.
—Ay! enlazados con cintas
no estarán mejor que sueltos,
mas plegue á Dios que otros lazos
no te traiga el año nuevo.
—No os entiendo, padre mio.
—No es fácil, lo impide el tiempo,
mundo de aire, que se alza
de nuestras almas por medio.
Tú ves el año que empieza
yo el que ha pasado, y por eso
tú dices—*un año mas*,
cuando yo digo—*uno menos*.
Tu alma viene y va la mia,
tú ves el mundo, yo el cielo,
te llama á tí la esperanza,
á mí me empuja el recuerdo.
Tú igaoras lo que has dejado,
yo sé muy bien lo que dejo;
y ¡ay! quiera Dios que mañana,

cuando veas lo que veo,
no te ligen á la tierra
amargos remordimientos.
¡Ojalá siempre saludes
como ahora al año nuevo,
y que á la vez que orgullosa
mires tu rostro al espejo,
se retrate en tu conciencia
tu corazon casto y bueno,
porque á ese espejo del alma
miran pocos sin romperlo.

Bajó la niña sus ojos
azules, puros y bellos,
y trasparente una lágrima
los nubló por un momento,
como el rocío los cálices
de las violetas de un huerto.
Calló, ¿qué dijo su llanto?
No lo supo ni aun el viejo.

JUAN A. VIEDMA.

FARAILDA.

Traduccion flamenca del siglo VII.

Las lágrimas de la inocencia
oprimida, son el vapor que forma
el rayo.

Confucio.

Farailda se vió en los mas hermosos años de su juventud rodeada de todo lo que en la tierra constituye la felicidad. Sus riquezas eran inmensas; sus verjeles se matizaban de frutos, color de oro ó de púrpura; las sólidas vigas de sus graneros, se doblegaban bajo el peso del trigo ó de la cebada. Siempre su bolsillo abierto á la caridad, volvía á llenarse de escudos de oro y de plata.

Y tenía—lo que vale mas que todos estos bienes pasajeros, destinados á pagar un tributo á los gusanos y al moho—tenía como decimos un marido generoso y bueno, valiente y fiel, con el cual vivía en la paz del Señor.

Tres hermosos niños habian nacido de su union, y ya juntando sus manecitas entre las manos de su madre, aprendian á bendecir al Dios, tan dulce para los inocentes, como terrible para los malvados.

Un solo dia bastó para destruir tan completa felicidad.

Los Normandos se arrojaron sobre la morada de

Farailda, como los gavilanes sobre un nido de pajari-
llos.

La casa fué destruída, las mieses incendiadas, los navíos de los bandidos cargados de oro y de muebles preciosos, y Sigisberto, el marido de Farailda, pereció herido de un hachazo en la cabeza, en el momento de arrancar al mas pequeño de sus hijos de los rudos brazos del jefe de los piratas.

Cuando cayó la noche, como un velo sobre aquella desoladora escena, cuando Farailda se encontró sola con sus hijos huérfanos, junto al cadáver de su esposo, sentada sobre los escombros de su casa saqueada y destruída, en tanto que los reyes del mar huían en sus rápidos navíos, que el Escalda impelia hacia el Océano, tendió en torno suyo una mirada sombría y dijo al fin, estrechando á sus hijos contra su corazón: «El Señor me lo habia dado todo; el Señor me lo ha quitado, bendito sea su santo nombre!»

Desde aquel momento, el trabajo, el abandono y la soledad, fueron la herencia de la triste viuda.

Abandonó su casa de campo, donde habia pasado tan hermosos y felices días, para ir á refugiarse en Gante, ciudad en que habia nacido, que le era querida, y donde esperaba hallar algunos recursos contra la inminente miseria que amenazaba á sus inocentes hijos.

Eligió una casa pobre y desmantelada, y allí, desde el amanecer hasta media noche, hilaba el lino ó la lana que la proporcionaban los ricos mercaderes, que la conocieron en otro tiempo.

Ni un momento suspendía su trabajo como no fuese para enseñar á sus hijos, agrupados siempre en torno suyo, la ley de Dios ó los preceptos de la Iglesia, ó para leerles el Santo Evangelio, único resto de su riqueza que pudo salvar. Los Normandos lo habian arrojado entre los escombros de la casa, y allí lo encontró Farailda, con un sentimiento de triste alegría, recordando estas palabras que otras veces habia oído: «Qué nadie se escuse de leer las Santas Escrituras, cuando la pobreza les aflija; cuando la muerte de vuestros deudos entristezca vuestro corazón; cuando las flechas de vuestros enemigos os amenacen por todas partes; entonces es cuando debéis buscar en estos santos oráculos las armas que os suministran para vuestra defensa (1).»

Farailda encontró allí el único consuelo que la restaba ya: la conformidad á la voluntad divina.

Pero aquella misma paciencia, aquella resignacion absoluta, aquella renuncia de toda felicidad terrestre, vacilaban cuando veía en los semblantes enflaquecidos de sus hijos, en otro tiempo tan alegres y sonrosados, la huella del sufrimiento. Los padecimientos

de aquellos niños adorados, eran las heces mas amargas del cáliz de su dolor.

Entonces, redoblando sus vigiliass y sus oraciones, sus vecinos veían brillar hasta el alba, el pálido resplandor de una lámpara que alumbraba su trabajo nocturno.

Pero ¡ay! llegó un día en que aquel trabajo tan pobre, tan mezquino, tan insuficiente, llegó á faltarla!... Vino con las manos vacías de casa del mercader que se lo proporcionaba, y distribuyó suspirando el último pedazo de pan á sus pobres niños.

La rueca permaneció inmóvil, y los niños no se entretuvieron contemplando el huso ligero, que giraba cadenciosamente.

Farailda, despues de abrazarles tiernamente, salió de nuevo, y no volvió hasta el anocheecer, mas rendida y abatida que nunca.

Todas sus gestiones para proporcionarse trabajo fueron inútiles; no lo obtuvo á pesar de sus ardientes súplicas.

Rezó con fervor y se levantó mas tranquila, y despues de acostar á los niños en sus pobres camitas, se sentó y puso á leer la vida de Cristo. Cuando llegó á la Pasión, á esa narracion trágica y sublime, volviendo hacia sus hijos los ojos llenos de lágrimas exclamó:

—Oh! Dios mio, cuánto debió sufrir vuestra Madre!

A la mañana, los niños despertaron, y con voz tímida pidieron pan.

Farailda con el corazón hecho pedazos les besó, les alentó, y para distraerlos esforzándose por recordarles las canciones y los cuentos de su juventud, se los repetía con desfallecida voz.

Pasaban las horas, cada vez mas terribles: los niños no hablaban ya, no rezaban, no lloraban: agobiados bajo un sombrío estupor, se estrechaban unos contra otros, y volvían hacia su madre sus miradas apagadas.

Un espantoso silencio reinaba entre aquella familia, que parecia encerrada ya en un sepulcro, y olvidada para siempre de los vivos.

Farailda se levantó firme y resuelta. Pálida, vacilante, estrechó á sus hijos en un abrazo desesperado, diciéndoles:

—Hijos míos, quedáos aquí, y rogad á Dios. Tal vez os traeré pan: pronto volveré.

—Oh! sí, madre mia, exclamaron reanimados por aquella palabra, tenemos tanta hambre!

Al llegar al dintel de la puerta se volvió, levantando las manos al cielo:

—Santos ángeles de su guarda, murmuró, no los abandonéis! y se alejó casi sin poder sostenerse.

Farailda tenía una hermana mayor, casada con un rico vecino de Gante.

(1) San Juan Crisóstomo.

Aquella hermana le habia manifestado desde su infancia un odio feroz é inesplicable.

Siendo ya jóvenes las dos, envidiaba á Farailda su dulce y simpática belleza : mas tarde vió con celoso despecho su felicidad doméstica, el amor que la profesaba su esposo, y el respeto que la granjeaban sus virtudes y su caridad.

Los infortunios de la viuda de Sigisberto no pudieron enternecer aquel corazon cruel : la pobreza de su hermana humilló su orgullo ; se avergonzó al verla trabajar como una mujer del pueblo, y su vanidad herida irritó aun mas su injusto encono.

Farailda nunca opuso mas que paciencia y cariño fraternal á aquella animosidad implacable. Mas de una vez habia recordado estas palabras, que no pueden emanar sino de Dios :

« Si cuando presentais vuestra ofrenda al altar, os acordais de que vuestro hermano tiene alguna cosa contra vosotros, dejad allí vuestro dón ante el altar, id á reconciliaros con vuestro hermano, y despues volved á ofrecer vuestro dón (1). »

Y suplicó á su hermana por amor de Jesucristo, en nombre de su madre que las habia amado igualmente á las dos, que la concediese una mirada afectuosa ; pero el dulce rocío del cielo, ¿ puede acaso fertilizar la árida roca ?

Bertilde solo respondió con sarcasmos á las palabras de paz de su hermana.

Hacia mucho tiempo que Farailda no se acordaba ya de su enemiga mas que en sus oraciones, y únicamente impelida por el aguijon de una imperiosa necesidad, pudo resolverse á implorarla.

Se dirigió pues á su morada, llena de temor y suplicando á Dios que la dictase las palabras elocuentes que habian de salvar á sus hijos de la muerte.

Al fin descubrió el torreón de piedra y las altas ventanas de la casa que habitaba Bertilde : concentró sus pensamientos, y subió trabajosamente la escalera de mármol, que terminaba en una puerta entreabierta á la sazón.

La empujó suavemente y se encontró en un gran salon, donde Bertilde, rodeada de sus doncellas, examinaba los trabajos de aquel día, y daba sus órdenes para el siguiente.

Echó una mirada sobre Farailda, vió su palidez, sus miserables vestidos, y con voz altanera :

— « ¿ Qué quiere esa mendiga ? preguntó. Marchaos, mujer, marchaos de aquí ; este no es vuestro lugar : marchaos, ú os haré arrojar de esta casa por mis criados. »

— « Hermana mia, soy yo, dijo la viuda, soy Farailda. Vengo confiada en tí, porque eres mi única

esperanza. Desde que Dios se dignó llamar á sí á mi marido, desde que perdí en un mismo dia mis bienes y mi felicidad, mis manos no han permanecido un momento ociosas. Yo he mantenido á mis pobres hijos..... pero ahora tú eres mi único amparo ! Me rechazarás ? rechazarás á la hija de tu madre ? acuérdate, hermana mia, de que corre la misma sangre por nuestras venas, que no tienes ningun pariente tan cercano como yo ; que te he querido siempre, y que si en mi juventud pude ofenderte alguna vez, te ruego que me perdones hoy, y me des mas que la vida... la vida de mis hijos ! »

— « ¿ No basta que nos humilles todos los dias con la vista de tu miseria ? Véte, nada tengo para tí ! »

— Bertilde, hermana mia, no me arrojes así de tu casa ! no me hagas espirar sobre el dintel de tu puerta ! piensa en tus hijos ! tú sonries cuando se sientan á tu mesa opípara y bien servida ; tienes el corazon lleno de contento cuando los acuestas en un lecho de pluma. Los míos no han comido hace mas de treinta y seis horas ! los míos están acostados sobre un monton de paja... Oh ! Bertilde ! Haz por mí lo que haria por tí si te hallases en mi lugar.... En nombre de mis sobrinos, pan ! pan para mis hijos !

Y la desgraciada cayó de rodillas á los piés de su hermana.

Bertilde la contempló con aire irónico, y la contestó :

— *Mira, en esa alacena hay pan, pero antes que yo te lo dé se ha de convertir en piedra.*

Farailda comprendió que no tenia nada que esperar.

Se levantó, se dirigió hácia la puerta, y pálida como un espectro, porque la vida se agotaba en ella :

— « Ojalá Dios no te castigue en tus hijos, » dijo estendiendo su mano hácia Bertilde.

Esta quedó sola : sus doncellas se retiraron horrorizadas.

Una inquietud desconocida, un remordimiento sordo, se despertaron en su alma ; pero muy pronto el odio y el orgullo de los réprobos ahogaron aquel sentimiento bueno.

Emprendió de nuevo sus ocupaciones domésticas, y llamando á sus doncellas, las hizo trabajar á su vista, reprendiéndolas con su dureza y su violencia acostumbradas.

Abrióse la puerta por segunda vez, y se presentó en ella Otto, marido de Bertilde.

Hombre justo y temeroso de Dios, en mas de una ocasion habia intentado, aunque inútilmente, infundir á Bertilde, por medio de prudentes palabras y piadosos ejemplos, sentimientos propios de cristiana y de hermana.

En aquel momento regresaba de un largo viaje, hecho á las posesiones y granjas, que sus numero-

(1) Evangelio segun San Mateo.

Los arrendatarios ocupaban en las riberas del Lis y del Escalda.

—Dios te guarde, esposa mía, dijo acercándose cordialmente á Bertilde.

—Has hecho felizmente tu viaje?

—Sí, y vuelvo contento. Aquí tienes, añadió sacando una gran bolsa de cuero, escondida debajo de su capa, una fuerte suma, que te suplico vayas á guardar.

Diciendo estas palabras se acercó á la alacena, donde se guardaban las provisiones del día, y se escanció un vaso de vino.

Quiso añadir una rebanada de pan, porque se sentía cansado y desfallecido, pero apenas hubo tocado el pan, colocado sobre una fuente de plata, lanzó un grito, y dirigiéndose á Bertilde, con acento vehemente y aterrado:

—Mirad! la cólera de Dios ha caído sobre esta casa.... Venid, y védlo aquí!

Llena de espanto vió entonces Bertilde que el pan que acababa de rehusar á su hermana se había convertido en piedra, segun sus propias palabras.

Tenia la misma pesadez, la misma dureza.

Temblando, con ese terror que es el único remordimiento de los malvados, tartamudeó con voz insegura:

—No comprendo este prodigio, y vos Otto?

Su marido la miró severamente.

—¿Habeis rehusado la limosna á algun pobre? dijo al fin. Responded, Bertilde, responded, por vuestra vida, no mintais!

—Sí, á mi hermana Farailda: ha venido como una mendiga.... ha implorado mi compasion, y yo la he despedido....

—Miserable, exclamó Otto, maldito sea el día en que me uní á tí! Desde entonces cayó la maldicion de Dios sobre mi casa!.... Escucha, repuso despues de algunos momentos de silencio, solo te queda un medio de aplacar mi cólera. Toma esta bolsa; corre á llevársela á Farailda; satisface todas sus necesidades, implora de rodillas su perdon: despues vé á confesar tu crimen á un sacerdote; y que el cielo te conceda un verdadero arrepentimiento... No pierdas un instante!

El acento de Otto era tan imperioso, tan absoluto, que Bertilde no se atrevió á replicar.

Llena de rabia, porque la avaricia y el odio se disputaban el negro fondo de aquella alma gangrenada, se encaminó á casa de su hermana; pero los ojos de justo juez la seguian: el oido que no se puede engañar oia las sordas maldiciones de la fraticida.

A medida que avanzaba en su camino, el cielo que hasta entonces se habia mostrado brillante y sereno empezó á cubrirse de densa oscuridad. Las nubes se arremolinaban, y los relámpagos, rápidos y sinies-

tros brillaban como una espada fulminante en manos de un guerrero.

Bertilde se hallaba ya tocando á la puerta de Farailda cuando el trueno estalló con ruido espantoso sobre su cabeza.

Por un momento se la vió cercada de rayos lívidos que la enlazaban como serpientes de fuego, y cuando el pueblo se acercó aterrado, solo encontró un cadáver ennegrecido, reducido á ceniza, consumido por la cólera del Altísimo.

En el mismo instante el cielo se serenó; blancas nubes esmaltaron su radiante azul, y á su semejanza la justicia divina recobró, despues de cumplidos sus designios, su inmutable carrera y su majestuosa serenidad.

La multitud sabedora del prodigio acaecido en casa de Otto, se dirigió en masa á la pobre morada de Farailda. Las mujeres se apresuraban, llevando, unas, vasijas llenas de leche ó vino, otras, canastillos con diversos manjares y pan.

Abrieron la puerta, y divisaron un triste y maravilloso espectáculo.

Farailda, tendida en el suelo, se hallaba rodeada de sus tres hijos, que por un esfuerzo supremo habia reunido y estrechado sobre su corazon.

Todos estaban muertos!

Pero de aquellos cuatro cadáveres se elevaba tan brillante luz, se exhalaba tan suave aroma, que todos los circunstantes cayeron de rodillas y cantaron en alta voz las alabanzas del Señor, que castiga y recompensa; que habia herido á Bertilde en medio de sus malvados pensamientos, y colmado de bienes celestiales á Farailda y á sus tres hijos.

Esta piadosa tradicion se conserva hoy en Gante, y como comprobación del suceso, se enseñan aun en la iglesia de San Nicolás dos petrificaciones en forma de panes. (Traduccion.)

DOLORES CABRERA Y HEREDIA.

TEATROS.

Así como la privacion es causa del apetito, así la obligacion molesta hasta para los mismos placeres. Por ello creo que un individuo sujeto á gozar de una série interminable de diversiones seria mas desgraciado que el que no pudiese disfrutar absolutamente de ninguna. Dígolo esto, porque un recreo tan agradable como lo es el espectáculo dramático, se convierte en enojosa carga para el observador revistero, tan luego como hecha de ver que ha de asistir por fuerza y con frecuencia á lo mismo que le proporciona muy lisonjero agrado. Y si esto es así ordinario

mente, ¿con cuánto mas motivo no lo será en estos dias de Pascuas, en los cuales lo llevan hecho un azacan el doble número de funciones que se ejecutan en todos los coliseos?

Ya sabeis que es tradicional en estas solemnidades el estreno de obras dramáticas, hechas *ad hoc*, de las que la mayor parte solo tienen por objeto esparcir el ánimo de los espectadores y difundir la hilaridad y la alegría. Para conseguir esto se cubre el arte las mas veces con un velo, y se pone solamente el esmero en arrancar la risa á los lábios, sea como sea. Sin embargo, esto tiene tambien sus excepciones.

En los pasados ocho dias ha habido tantas novedades, que apenas podré haceros de ellas mas que un índice ligeramente comentado. Empece, pues.

En el teatro del Circo se han estrenado dos comedias que por regla general han hecho reir mucho. La que se destinó á la funcion de la tarde, en el dia de Noche-Buena, está traducida del francés, por dos ingenios cuyo nombre no revelo, obedeciendo al cartel que guarda silencio. Llámase dicha farsa *Este cuarto se alquila*; y para juzgarla solo diré que llena el objeto á que está destinada, que es el de hacer reir á fuerza de disparates. Los actores contribuyeron por su parte á aumentar lo caricaturesco de ciertas situaciones.

En la noche del mismo dia se puso en escena otra tambien arreglada del francés, debida en esta lengua á la pluma de Emilio Souvestre, y en la nuestra á los señores Dacarrete y Cisneros. Titulase en el arreglo *Gaspar, Melchor y Baltasar, ó el ahijado de todo el mundo*. Del género de la anterior, aunque menos subida de colores, no puede considerarse como una obra literaria, sino como un pasatiempo propio de Navidad. Un jóven de padres desconocidos, que cree hallarlos, ya en un encopetado corregidor, ya en una finchada hidalga, ya en el Conde-Duque de Olivares, y que por último resulta ser ahijado de Felipe IV, forma la parte principal del argumento. Aunque hay en esta obra algunas situaciones agradables, sin embargo, son en mayor número las inverosímiles. Vertida con gracia á nuestra lengua, y adornada de chistes, hace pasar un rato divertido á aquellos espectadores que no esperan ver en ella una produccion Moratiniana, ó de buena indole. Desde luego se echa de ver que los traductores no han querido dar con ella mas que una funcion propia de la temporada. En la ejecucion hubo de todo.

El coliseo de NOVEDADES ha ofrecido tambien al público dos composiciones, pero ambas originales. La de la tarde, en tres actos y en verso, y titulada como una novela de mi querido amigo Trueba, *La paloma y los halcones*, es debida al laborioso y jóven escritor don Luis Mariano de Larra. Con escaso argu-

mento, que recuerda el de otras conocidas del público, esta comedia tiene en su abono una versificacion fácil y buena cosecha de gracias. El público, reducido en la tarde de su estreno, la acogió regularmente. El señor Calvo se distinguió entre los actores encargados de su ejecucion.

La otra composicion á que antes aludí es *El Patriarca del Turia*, drama en tres actos y en verso, escrito espresamente para Valero por el fecundo autor dramático don Luis de Eguilaz. El pensamiento de esta obra, simbolizado en uno de los creadores del teatro nacional, Juan de Timoneda, es importante; si bien algo diluido, y sofocado bajo la exhuberancia de la versificacion. Lo interesante de algunas de sus escenas de los actos segundo y tercero, la entonacion lirica de gran parte del drama, la magnificencia de la *mise en scene*, y el desempeño del señor Valero, han arrancado á los espectadores aplausos nutridos, y han hecho salir á las tablas mas de una vez al poeta señor Eguilaz. De este honor disfrutó tambien el entendido pintor señor Bravo. Este drama promete dar muy buenas entradas. Siento que las dimensiones de este artículo no me permitan hacer un exámen detenido de esta nueva produccion.

El PRÍNCIPE ha puesto en las funciones de la tarde la preciosa comedia del fénix de nuestros ingenios, intitulada: *La niña boba*. Hablar ahora del mérito de esta linda obra fuera cosa supérflua: solo diré que gustó al auditorio, y que en su representacion se distinguió la señora Palma.

Segunda parte de *Dalila*, se ha ejecutado en el mismo coliseo un drama en seis cuadros llamado *Carnioli*, original del señor Diaz. Sufriendo el parangon con el bello proverbio de Fenillet, ha salido perdiendo, como era de esperar. En efecto, la produccion española, aunque no exenta de interés, es pesada en extremo, de poco arte en los finales, y de mediano estilo. No obstante le ha valido algunos aplausos al autor.

La ZARZUELA ha ofrecido una novedad en la tarde víspera de Pascuas, que sigue repitiéndose con éxito. Ha sido ésta *La roca negra*, arreglo en tres actos del señor Pina, hecho con mediano acierto. La música, compuesta por el conocido señor Inzenga y por el señor Vazquez, jóven granadino que hace su primera salida al mundo filarmónico de esta corte, está llena de *verbe*, y escrita de un modo superior bajo una apariencia frívola y ligera. El público aplaudió todas las piezas, y pidió que salieran los autores al palco escénico para tributarles sinceros bravos. Es de desear que estos compositores empleen su trabajo en obras de mas mérito literario y dramático.

De la funcion ejecutada por la noche en dicho teatro poco diré, porque es harto conocida. Repréntose nuevamente con éxito la liada zarzuela *Mis dos*

mujeres, en que mereció buena acogida la jóven señorita Lopez, que salia por primera vez á la escena.

Por hoy, amables lectoras, no hay lugar para hablaros del teatro REAL.

ANTONIO ARNAO.

MODAS.

Han pasado los dias de Pascuas, amables lectoras, y á los regalos de dulces que exige la Noche-Buena, reemplazarán los de adorno y coquetería que un padre cariñoso, un amante esposo, no pueden menos de ofrecer al objeto de su afecto en los dias de Año Nuevo y Reyes. La Moda dejaria de serlo si en esta ocasion no viniese en su auxilio con sus oportunas indicaciones.

La Moda, amigas mías, es hoy casi una potencia; forma parte de la prensa, y ya sabeis la importancia que dan á esta los señores hombres. Hace algun tiempo miraban con desden todo lo que se referia á aquella deidad; hoy, además del culto que le rinden sometiéndose á sus caprichos con una escrupulosidad que raya en la exageracion, le dan cabida en sus diarios políticos, como una seccion que los recomienda. Las revistas de vuestro *Correo de la Moda* son copiadas con la misma formalidad que las de la *Mala de la India* por todos los periódicos de España, y por algunos de los que se publican en París en nuestro idioma.

Pero entremos en materia.

La vida de los salones ha reemplazado á la animacion de las calles. Las brillantes reuniones del invierno han principiado ya, y la hora de los placeres y diversiones es anunciada por el reverbero de gas. En todas partes se nota al anochecer la agitacion que precede á los cuidados del tocador. Unas se adornan para un convite, otras para el teatro; muchas para un baile ó concierto.

Para trajes de baile se hacen algunos sin mangas, es decir con un pequeño follado en el hombro, sobre el que se colocan flores ó lazos de cinta; esta moda no puede convenir sino á señoritas muy jóvenes ó que tengan un brazo muy bien torneado.

Se llevan bastante las bertas con caidas, que se sustituyen tambien por una pequeña vuelta que baja hasta la punta que forma por delante el cuerpo del vestido, siguiendo por detrás la forma redonda del escote; estos adornos van guarnecidos de blonda.

Los vestidos de raso, con falda doble de tul, están muy en boga: tambien los de gasa de Chamberí, bien lisas, ó de listas ó cuadros arrasados; con volantes ó falda doble, son de un efecto muy distinguido, al mismo tiempo que su precio es económico.

Las tarlatanas siguen en favor; lo mismo que los vestidos de muselina bordada: estos últimos son mas bien para bailes de confianza; no estarian en su lugar en uno de gran tono.

Como modelo elegante recomendaremos un vestido de tul blanco, con adornos de blondas, cintas y ramos de rosas.

El cuerpo es escotado en figura de V, y en la cintura hace punta bastante pronunciada. La berta sigue la forma del escote, y hace tambien punta en los hombros, en el pecho y en la espalda: esta berta se arma en tul engomado, que se cubre de bullones de tul de seda, recogidos por varios órdenes de lazadas pequeñas de cinta de color de rosa: el escote va adornado de una guirnalda de rosas, y el bajo de la berta guarnecido de una blonda, ligeramente fruncida. El ramo de flores que se coloca en su centro, va atado con una cinta, cuyos cabos caen flotantes como unos doce ó quince centímetros.

La túnica ó falda superior, es una falda de un largo regular, que va recogida hácia adentro en su mitad, y por consiguiente forma un hueco en su bajo. A cada lado lleva un costadillo compuesto de un follado de tul, salpicado de ramos de rosas.

La falda larga es tambien de tul y va igualmente adornada de caidas ó costadillos, compuestos de follados recogidos con tres órdenes de lazadas de cinta color de rosa: los intermedios van cubiertos de volantes de tul muy pequeños.

El adorno de cabeza es correspondiente.

Vestido de mas lujo es otro de muaré antique blanco con tres volantes anchos de blonda.

La salida de baile, correspondiente á este traje es de felpa de seda blanca, con rayas de color de rosa. Su forma es de albornoz, con dos borlas en su capucha, y una en cada hombro, y va guarnecida de un fleco de felpilla blanca y rosa.

Como de rigor terminamos nuestra revista con la siguiente

Explicacion del pliego de Dibujos.

- Núm. 1. *Toquilla*, con caidas, para adorno de cabeza, bordada en aplicacion.
- Núm. 2. *Cuello*: bordado á feston y minuto.
- Núm. 3. *Puño*: correspondiente al cuello anterior.
- Núm. 4. *Esquina de pañuelo*: bordado á plumetis.
- Núm. 5. *Guarnicion* para escote: correspondiente al cuello núm. 2.

AURORA PEREZ MIRON.

EDITOR PROPIETARIO.—P. J. de la Peña.

MADRID: 4857.—Imp. de Miguel Campo-Redondo.—Huertas, 42.

INDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE QUINTO TOMO.

INSTRUCCION.

Artículos varios, por D. A. Pirala.—Págs. 1, 9, 17, 25, 33, 41, 49, 57, 65, 73, 81, 89, 97, 105, 113, 121, 129, 137, 145, 153, 161, 169, 177, 185, 193, 201, 209, 217, 225, 233, 241, 249, 257, 265, 273, 281, 289, 297, 305, 313, 321, 329, 337, 345, 353, 361, 369, 377.

INSTRUCCION HISTÓRICA.

Juana Grey, por doña Dolores Cabrera y Heredia.—pág. 11.
Naufragio de los Hijos de Enrique I de Inglaterra, por doña Eloisa Gattebled de Santa Coloma.—43.
Trágico fin de María Estuardo, por F.—50.
Cristóbal Colon, por don Florencio Janer.—214, 222, 238.
Atenais, por doña Juana Olivares.—235.

POESIAS.

A la Purísima Concepcion, por el marqués de Heredia.—Pág. 2.
El Ruiseñor y sus Hijos (fábula), por don Pascual F. Baeza.—10.
Lo Mejor de las Niñas, por don Antonio de Trueba.—20.
La Adolescente, por don Antonio Arnao.—26.
A Cervantes (soneto), por doña Elena G. de Avellaneda.—51.
Las Dos Espigas (fábula), por don G. Nuñez de Arce.—34.
La Nave (alegoría), por don Antonio Arnao.—43.
A mi Hija María Carolina, por doña Carolina Coronado.—51.
Melancolía, por don José María de Larrea.—59.
Ayer... por don J. A. Viedma.—62.
Amor Materno (balada), por doña María del Pilar Sinués de Marco.—67.
Los Sueños y las Flores (balada), por doña Dolores Cabrera y Heredia.—75.
La Esperanza, por don Rafael Monares Insa.—79.
La Querrela de las Flores, por don Federico Belo y Chacon.—85.
La Soledad en el Campo, por Corina.—92.
Dolores de María, por don Antonio Arnao.—98.
Paráfrasis de un Canto de Alabanza de Isaías, por don J. A. Viedma.—102.
La Rosa y la Niña (fábula), por don S. de Mobellan.—107.

La Infancia, por don Juan A. Viedma.—109.
Imitacion del Romancero, por don Manuel Fernandez Gonzalez.—115.
Toledo, por don M. Ortiz de Pinero.—125.
El Canastillo de Flores, por don Juan Piñero.—131.
La Vuelta de las Aves, por doña María del Pilar Sinués de Marco.—159.
La Azucena, por doña Dolores Cabrera y Heredia.—147.
En un Album, por don Angel María Dacarrete.—155.
El Mensaje, por don Juan A. Viedma.—157.
A mi Hermano Oswaldo enfermo, por doña Elena G. de Avellaneda.—162.
La Aurora, por doña Eduarda Moreno Morales.—166.
El Sueño de Clori, por don L. M. Bremon.—170.
Al Tiempo, por don José María de Larrea.—178.
En un Album, por doña Francisca Carlota del Riego Pica.—182.
Apólogo, por don G. Nuñez de Arce.—186.
Meditacion por el Marqués de Heredia.—194.
Despedida, por don V. Barrantes.—202.
La Caña, por don G. Nuñez de Arce.—210.
El Vino y la Coqueta, por don J. A. Viedma.—222.
En un Album, por id.—226.
La Primera Rosa, por doña Dolores Cabrera y Heredia.—235.
La Pureza, por don José Lopez de la Vega.—239.
Los Desposados, por don Antonio Arnao.—242.
La Pesca en el Mar, por doña Gertrudis G. de Avellaneda.—251.
A una Violeta, por doña Matildé de Orbegozo.—259.
A la Virgen María, por doña María del Pilar Sinués de Marco.—266.
La Oracion, por don Antonio de Trueba.—275.
Vanidad, por don Carlos Frontaura.—283.
A mi Amigo don Juan Antonio Viedma, por don Francisco Vicens.—290.
Entresueños, por don Angel María Dacarrete.—298.
Primer Amor, por don A. Hurtado.—307.
En la Muerte de mi Hija Cármén, por don José María de Larrea.—314.
Adolescencia, por doña Faustina Saez de Melgar.—322.
Himno á la Noche, por don Antonio Arnao.—331.
En el Album de mi Hermana Evelina, por don Teodoro Guerrero.—339.
Balada, por don Fernando Martinez Pedrosa.—341.
A Adelaida Ristori, por doña Dolores Cabrera y Heredia.—346.
Eva y María, por don Antonio Arnao.—354.
Los Angeles de la Noche, por don Juan A. Viedma.—358.
La Opinion (dolores), por don R. Campoamor.—363.
En un Album, por don Valentin de Aldana.—366.
Gloria, por don P. A. de Alarcon.—370.
Los Años (Balada), por don J. A. Viedma.—379.

(NOVELAS)

- La Caridad, por Amica. Pag.—2.
 El Monje de Kremsmunster, por Zahara.—4.
 La Perla de la Loma, por don Juan A. Viedma.—12, 21.
 El Trece de Enero, por don Carlos Frontaura.—22, 27.
 El Vendedor de Tagarninas, por Fernan Caballero.—55.
 El Colorin, por doña Sofia Bustamante.—37.
 La Vuelta de Juan Perez, por don José de Selgas.—45, 52, 59, 76, 86.
 Un Cuento de Niños, por don Carlos Rubio.—54.
 Los Escoberos, por Fernan Caballero.—68.
 La buena Cristel (leyenda), por doña Dolores Cabrera y Heredia.—69.
 Sara Mag-Farlane, por doña Dolores Cabrera y Heredia.—91, 107.
 Las Vecinas, por don Antonio de Trueba.—93.
 El Padre Nuestro, por don Gaspar N. de Arce.—99.
 El Caballero de la Banda-Azul, por don Félix Montero y Moralejo.—110, 115, 124, 140, 147, 153.
 Fundacion de la Mezquita llamada la Fuente del Naranjo, por doña Dolores Cabrera y Heredia.—118.
 Santa Casilda, por don Antonio de Trueba.—155.
 Una Lágrima de Niño, por don Gaspar N. de Arce.—163.
 Estaba de Dios, por Zahara.—171, 179.
 La Despedida, por don Juan A. Viedma.—173, 180.
 Por un Alfiler, por don Gaspar N. de Arce.—194.
 Doña María de Alhama, por don Carlos Frontaura.—205, 219.
 El Señor Trabajo, por don J. Perez.—227.
 Una buena Accion, por doña Juana de Olivares.—229.
 El Padre y sus tres Hijas, por doña Dolores Cabrera y Heredia.—259.
 La Avaricia, por don Gaspar N. de Arce.—260.
 Hulkem, por don Carlos Frontaura.—268, 275.
 El Incógnito, por doña Dolores Cabrera y Heredia.—291.
 Cuentos de Color de Rosa: La Madrastra, por don Antonio de Trueba.—299, 307, 315, 332, 339.
 Una deuda de gratitud, por doña Juana de Olivares.—323.
 El Médico de los Pobres, por don Gaspar N. de Arce.—347, 363.
 La Virgen de la Servilleta, por don Manuel Murguía.—355.
 Farailda, por doña Dolores C. y Heredia.—379.
 LAS FLORES ANIMADAS (Introduccion), por don G. N. de Arce.—183.

- Flora, por doña Joaquina García Balmaseda.—187.
 La Reina y las Pastoras, por id.—205, 211.
 La Peregrina, por id.—235.
 Fragmentos de las memorias de una Rosa, por id.—243, 252.
 La Sultana Tulipia, por id.—285.
 La Violeta, por id.—310, 317.
 La Flor del Narciso, por id.—370.

VARIEDADES.

- El Camino de la Vida, por don Antonio Arnao.—Página 18.
 La Caridad, por don Eduardo Atard.—61.
 El Cerezo, por J. P.—70.
 La Flor Preferida, por Zahara.—77.
 El fin del Mundo, por Lázaro.—78.
 El Angel de la Guarda, por don Antonio Arnao.—83.
 Gracias, por Gazél.—118.
 Caprichos de Artistas.—126.
 El Mal Humor, por Lázaro.—127.
 Las Flores de Mayo, por doña Joaquina (García Balmaseda).—132.
 El Gato, por G. N. A.—149.
 Del Lenguaje Figurado, por Gazél.—151.
 Memoria é Imaginacion, por don P. Ortiga Rey.—157.
 Los Anillos Parlantes.—185.
 Los Telégrafos, por Gazél.—190.
 Donaciones Intervivos, por Gazél.—207.
 Necrologia, por don Juan A. Viedma.—245.
 Tecnologia Social, por don Gaspar N. de Arce.—247.
 Baladas en Prosa, por don Antonio Arnao.—253.
 Casualidades Célebres, por don Emilio Tamarit.—263.
 La Ventriloquia, por don Antonio de Trueba.—269.
 Los Saludos, por don Juan A. Viedma.—278.
 De los Adornos, por don Carlos Rubio.—293.
 Fragmento de una Conversacion, por don P. Ortiga Rey.—301.
 Cantos Infantiles, por don Antonio de Trueba.—324.
 Los Pintores de Fiestas Galantes, por doña Adriana F. de Janer.—334.
 Casualidades Científicas, por don Emilio Tamarit.—342.
 La Antipatía, por don Emilio Tamarit.—349.
 Manías, por don Gaspar N. de Arce.—358.
 Costumbres Murcianas, por don Antonio Arnao.—366, 374.
 Las Gallináceas, por don J. A. Viedma.—372.

(sección A.)

(sección A.)